

¿Coincidencia o Providencia?

El papel de los últimos tres Papas en la Historia del Mundo Moderno*

*Coincidence or Providence? The Role of the Last Three Popes
in Modern World History*

Fr. Kevin Alexander ALVARADO DÁVILA, osa
Centro Teológico San Agustín
Escorial-María Cristina

Resumen: A lo largo de las últimas décadas, la historia contemporánea ha estado marcada por tres crisis sucesivas -los totalitarismos del siglo XX, el relativismo posmoderno y la globalización indiferente- que encontraron respuesta en los pontificados de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Cada uno, desde su contexto histórico y sensibilidad pastoral, afrontó los desafíos de su tiempo iluminándolos con la fuerza del Evangelio: la libertad frente al miedo, la verdad frente a la duda, y la fraternidad frente a la exclusión. Su acción conjunta revela una continuidad providencial en la misión de la Iglesia, capaz de dialogar con la historia sin perder su identidad.

Abstract: In recent decades, contemporary history has been marked by three successive crises: twentieth-century totalitarianism, postmodern relativism, and indifferent globalization. These challenges found a response in the pontificates of John Paul II, Benedict XVI, and Francis. Each, from his historical context and pastoral sensitivity, addressed the challenges of his time by illuminating them with the power of the Gospel: freedom in the face of fear, truth in the face of doubt, and fraternity in the face of exclusion. Their joint action reveals a providential continuity in the Church's mission, capable of engaging with history without losing its identity.

Palabras clave: Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco, Magisterio Pontificio, Historia de la Iglesia contemporánea, Totalitarismo, Relativismo moral, Globalización, Providencia divina, Evangelio y cultura.

* Este artículo obtuvo, el pasado curso académico 2023-2024, el Premio Reina María Cristina, en su décima edición, en la modalidad de Teología. El jurado calificador estuvo formado por: D. José Luis Belver Ramos Carlos; D. Pedro Antonio Moreno Mina; D. Gil de Vera; D. Manuel Sánchez Tapia, en calidad de Secretario.

Keywords: John Paul II, Benedict XVI, Francis, Papal Magisterium, Contemporary Church History, Totalitarianism, Moral Relativism, Globalization, Divine Providence, Gospel and Culture.

Sumario:

I. Introducción: La encrucijada del pensamiento moderno.

II. El contexto histórico: ¿De qué mundo venimos?

- 2.1. *El siglo de las catástrofes: guerras, ideologías y colapso moral.*
- 2.2. *La Segunda Guerra Mundial y el colapso moral de la modernidad.*
- 2.3. *La Guerra Fría: dos bloques, una humanidad dividida.*
- 2.4. *La necesidad de una voz moral en medio del caos.*
- 2.5. *Catástrofe bélica.*

III. San Juan Pablo II: el papa que se enfrentó al totalitarismo.

- 3.1. *Juventud en Polonia, resistencia al nazismo y al comunismo.*
- 3.2. *El Muro de Berlín: situación política y significado simbólico.*
- 3.3. *Sindicato Solidarnosc (Solidaridad) y su impacto.*
- 3.4. *Influencia directa e indirecta de Juan Pablo II en la caída del comunismo.*
- 3.5. *La dimensión espiritual: “No tengáis miedo”, como lema frente al miedo impuesto por los totalitarismos.*

IV. Benedicto XVI: el Papa que defendió la Verdad en la era del relativismo.

- 4.1. *Infancia en la Alemania nazi y formación intelectual.*
- 4.2. *La crisis del pensamiento moderno: relativismo moral, nihilismo.*
- 4.3. *Fe y razón: el gran aporte de Benedicto XVI.*
- 4.4. *El gesto de reconciliación: un Papa alemán después de uno polaco.*

V. Francisco: el Papa de los márgenes en la era de la globalización y la indiferencia.

- 5.1. *Breve biografía: el Papa del fin del mundo.*

- 5.2. *El mundo actual: desigualdades, crisis ecológica, hiperconsumismo, pérdida de vínculos humanos.*
- 5.3. *Francisco y la opción preferencial por los pobres.*
- 5.4. *¿Dónde está tu hermano?: el nuevo paradigma que propone Francisco.*

VI. Tres Papas, tres desafíos, una misión. Conclusiones.

- 6.1. *Comparativa de ellos tres momentos históricos: totalitarismos, relativismo, globalización indiferente.*
- 6.2. *¿Se trata de coindiferencia o providencia?*
- 6.3. *Un solo Evangelio, distintos modos de enfrentar los signos de los tiempos.*

VII. Bibliografía.

I. INTRODUCCIÓN: LA ENCRUCIJADA DEL PENSAMIENTO MODERNO

*¡No temáis! ¡Abrid, más todavía,
abrid de par en par las puertas a Cristo!*
(San Juan Pablo II, Homilía de inicio del Pontificado,
22 de octubre de 1978)

Los tiempos actuales están marcados por un totalitarismo político y económico que ha herido profundamente a la sociedad. Algunas figuras de gran influencia global parecen orientar sus decisiones hacia una preocupante concentración del poder. El mundo moderno, entonces, está profundamente influenciado por un relativismo de corte moral, que fomenta en el hombre la convicción de que basta con hacer lo que desea, simplemente porque puede hacerlo. Esta actitud, conduce al hombre a tomar decisiones centradas únicamente en lo que de forma personal le interesa, lo que provoca la fragmentación del hombre posmoderno y lo encierra en un individualismo absoluto. Todas estas rupturas sociales dejan ver un problema más profundo, entendido como una crisis del sin sentido, una crisis de la verdad y del autoconocimiento del hombre mismo.

El siglo XX, con sus guerras mundiales, los gobiernos totalitarios y el colapso de las ideologías, ha dejado una pregunta existencial para la sociedad: ¿quién ha de custodiar la dignidad del hombre cuando todos los sistemas fallen? Durante y después de la guerra, la iglesia funcionó no como un poder político adicional, sino como una conciencia moral; esta conciencia es a menudo incómoda, ignorada, pero imprescindible. Así lo dice Ratzinger: El hombre “sólo puede realizar su fe en el océano de la nada, de la impugnación y de lo problemático; el océano de la inseguridad es el único lugar donde puede recibir su fe”¹. El creyente de hoy, sabe que no tiene todas las respuestas, se reconoce como alguien que, dirigiéndose al abismo de la duda con convicción, se ve como quien, sobre una tabla flotante, se sostiene en medio del océano de la incertidumbre, porque es así como se va por una ruta menos peligrosa.

¹ RATZINGER, J., *Introducción al Cristianismo*, 44.

La Iglesia Católica no ha dejado su misión de ser “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5, 13-14) a pesar de la agitación en el mundo. Particularmente, los últimos tres Papas han tenido una actuación providencial en momentos críticos de la historia contemporánea. No como mediadores políticos, en cambio, han sido faros morales capaces de encausar las aspiraciones de libertad, verdad y justicia en el hombre, hacia un futuro esperanzador. Frente a tantas inseguridades de la sociedad, los tres Papas han alzado la voz en sus respectivos tiempos, no para imponer ideologías, sino para recordarle al mundo que todavía existe una “roca firme donde apoyarse” (Cf. Mt 16, 18).

Juan Pablo II enfrentó sistemas que negaban la libertad humana de conciencia, religiosa, política, cultural, etc., tales como el nazismo proveniente del nacionalismo alemán y el comunismo soviético enraizado especialmente en la Europa del Este y que vivió en carne propia en su amada Polonia; Benedicto XVI se enfrentó a una crisis de la verdad, la que se constituyó en “una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus deseos”²; y Francisco interpelló con preguntas incómodas ante la exclusión y la indiferencia global “¿Dónde está el hermano que tú estás matando cada día en el pequeño taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que usas para mendigar, en quien debe trabajar en negro porque no le dejas otra opción?”³ “¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?”⁴. Él, que, ante el capitalismo salvaje, repite con tono acusador la pregunta de Dios a Caín, representado en todos los que buscan su propio beneficio “¿Dónde está tu hermano?” (Cf. Gn 4, 9).

Esta reflexión nació, de forma inesperada, al ver un breve video en redes sociales -un reel de Instagram⁵- que sugería que los últimos tres Papas habían desempeñado un papel crucial, casi providencial, en momentos de grave crisis mundial. Lejos de despreciar esa intuición por su origen popular, decidí acogerla como una pregunta legítima: ¿es posible que estos tres pontificados hayan sido más que una simple secuencia histórica? ¿Y si, en lugar de coincidencia, estuviéramos ante una forma concreta en que la Providencia Divina ha guiado silenciosamente los acontecimientos del mundo?

En medio de los grandes movimientos ideológicos que han influido en la historia más reciente, como el nazismo o el comunismo, la Iglesia no ha intentado nunca imponer una ideología propia; en cambio ha buscado

² RATZINGER, J., *Homilía en la Misa Pro Eligendo Romano Pontifice*, lunes 18 de abril de 2005.

³ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, n. 211.

⁴ FRANCISCO, *Laudato Si*, n. 160.

⁵ <https://www.instagram.com/p/DI3ub4UNxg8/>, Este enlace, contiene el original, a partir del cual me ha surgido la idea de extender el trabajo realizado por esta persona.

simplemente arrojar luz desde su profunda comprensión del ser humano en su totalidad. “La Iglesia, experta en humanidad, ofrece a la sociedad la visión integral que tiene del hombre, y de su vocación, también en el ámbito temporal”⁶.

San Juan Pablo II se convirtió en un ícono de la lucha por la libertad contra regímenes totalitarios debido a su resistencia personal contra el nazismo y comunismo y su papel fundamental en la caída del Muro de Berlín. Por otro lado, Benedicto XVI proclamó la importancia de unir la fe y la razón en una época caracterizada por el relativismo y la pérdida de significado, porque enfatizó que sin verdad no puede existir una libertad genuina. Francisco finalmente se enfrentó al desafío de un mundo fragmentado no por barreras físicas evidentes sino por grietas de desigualdad social y deterioro del entorno compartido; animando así a reavivar los valores de solidaridad y compromiso global.

¿Podría ser que esta secuencia de eventos haya ocurrido simplemente por casualidad o tal vez se debió a una Providencia que dirige en silencio el rumbo de la historia? En este escrito se sugiere examinar brevemente el trasfondo histórico y las figuras de los tres Papas mencionados y su influencia en el mundo para reflexionar sobre esta pregunta fundamental que me planteé frente a cómo actuaron ante los problemas de la sociedad: ¿Coincidencia o Providencia?

II. EL CONTEXTO HISTÓRICO: ¿DE QUÉ MUNDO VENIMOS?

Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo y por quien también hizo el universo.
(Hebreos 1, 1–2)

2.1. *El siglo de las catástrofes: guerras, ideologías y colapso moral*

El siglo XX fue el período de la violencia organizada por excelencia; un tiempo en el que las grandes expectativas fueron destrozadas y la búsqueda desesperada de significado se apoderó de todo ámbito de la vida humana. Como expresó William Golding, premio Nobel británico, “no puedo dejar de pensar que ha sido el siglo más violento en la historia humana”⁷. En ningún otro momento de la historia se ha visto una cantidad tan grande de fallecidos ni una deshumanización tan organizada.

⁶ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n 1.

⁷ HOBBSBAWN, E., *Historia del siglo XX*, 11.

La Primera Guerra Mundial, que tuvo lugar entre 1914 y 1918, representó el comienzo de una nueva época caracterizada por la guerra total, un conflicto que devastó Europa y cuestionó los ideales de la modernidad ilustrada. Hobsbawm lo resume sin eufemismos: “1914 inaugura la era de las matanzas”⁸. Las estadísticas son impactantes y desoladoras a la vez por la magnitud de la tragedia que dejaron tras de sí; más de 10 millones de personas perdieron la vida en combate y millones resultaron heridas de forma permanente. Este suceso también generó un trauma colectivo que alimentó sentimientos de resentimiento y provocó radicalización política.

La experiencia bélica no solo dejó cuerpos rotos, sino también conciencias deshechas. Como afirma Hobsbawm, “la primera guerra mundial fue una máquina que produjo la brutalización del mundo y esos hombres se ufanaban liberando su brutalidad latente”⁹. Esta violencia no se limitó solo al campo de batalla; también se extendió a la esfera política y a los movimientos extremistas que abrazaban identidades radicales como el fascismo italiano o el nacionalismo alemán. El ejemplo más destacado es el de Adolf Hitler cuya visión del mundo fue moldeada por su experiencia como soldado durante la guerra. Esta generación de combatientes se convirtió en un caldo de cultivo para ideas extremas que iban desde la desesperanza generalizada hasta el surgimiento de liderazgos autoritarios mesiánicos.

En medio del caos surgieron dos grandes sistemas ideológicos que marcaron el siglo XX: el nazismo y el comunismo soviético emergieron como respuesta al desencanto con propuestas completamente diferentes. El nazismo fue, una forma extrema y patológica de nacionalismo que redujo la política al control totalitario, a la violencia como método y al exterminio como solución: “el propio dictador aparece como primer motor demoníaco dentro de una especie de contra teología nihilista”¹⁰.

El comunismo afirmaba ser la salvación de los oprimidos; sin embargo, en la práctica histórica acabó siendo una restricción sistemática de las libertades esenciales según Hobsbawm el modelo soviético no solo competía, sino que presentaba una visión diferente del avance humano al occidental. El comunismo fue un movimiento popular en Rusia y en otros lugares pero no lo fue tanto en la mayor parte de Occidente donde la democracia liberal se consolidaba como marco político. Sin embargo, este modelo secundario colocó al individuo en una posición subordinada a los intereses del partido político, justificando la existencia de estructuras represivas como el Gulag y fomentando una visión

⁸ Ibid., 32.

⁹ Ibid., 131.

¹⁰ MAZOWER, M., *El imperio de Hitler*, 47.

histórica orientada hacia un futuro ineludible que limitaba la libertad individual en aras de una promesa futura.

Tanto el nazismo como el comunismo privaron al ser humano de su condición de sujeto moral libre; el primero lo hizo por su raza y el segundo por su clase social. La dignidad inherente del ser humano -base de toda ética- fue ignorada por una mentalidad de poder que redujo al individuo a un mero número o amenaza.

2.2. *La Segunda Guerra Mundial y el colapso moral de la modernidad*

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) no solo resultó ser más devastadora que la anterior sino que también fue más cruel en su naturaleza y alcance ideológico a nivel mundial dejando una marca duradera en el recuerdo de Europa tras cobrar la vida de más de 60 millones de personas. Paradójicamente, señala Hobsbawm, “los 10 millones de muertos de la Primera Guerra Mundial impresionaron más brutalmente [...] que los 54 millones de muertos de la Segunda”¹¹. Esta pérdida gradual de sensibilidad ante el dolor demuestra un aumento en la falta de humanidad a nivel colectivo.

El genocidio perpetrado durante el Holocausto junto a los bombardeos atómicos devastadores destacó lo descrito por Casanova como la aniquilación del individuo como entidad ética. En lugar de propulsar el desarrollo humano hacia adelante positivamente la modernidad tecnológica fue usada como herramienta para la masacre sistemática de poblaciones enteras. El resultado final fue una Europa moralmente destrozada; no solo por las innumerables pérdidas humanas sino también por el deteriorado estado ético de la sociedad.

Según Mazower el nazismo no solo fue una ideología política sino una organización terrorífica que convirtió la violencia en su pilar principal; la represión se utilizó como medida disuasoria impactando tanto a combatientes como a civiles por igual [...] El costo de resistirse resultaba demasiado evidente.

2.3. *La Guerra Fría: dos bloques, una humanidad dividida*¹²

Después de la victoria de los aliados no llegó la paz, sino que se desató una guerra sin enfrentamientos directos pero marcada por una amenaza constante

¹¹ HOBSBAWN, E., *Historia del siglo XX*, 57.

¹² Este apartado fue escrito, siguiendo lo que propone el documento: M., Zurita, La Guerra Fría en el marco de las relaciones internacionales.

conocida como la Guerra Fría. Este período dividió al mundo entre el bloque capitalista occidental y el comunismo soviético creando una geopolítica bipolar que tuvo consecuencias duraderas.

Esta era de “Paz armada” se caracterizó por competencias en armamento militar y conflictos por procuración (como Corea, Vietnam y Afganistán), además de una constante paranoia ideológica. El Muro de Berlín se convirtió en el símbolo de esta división; una cicatriz de cemento que separaba no solo ciudades sino también perspectivas del mundo. Lo que resultó aún más trágico fue que ambos grupos tenían en común una ilusión de autosuficiencia a pesar de sus diferencias: En el Este se sostenía la doctrina de que la humanidad tenía el control de su destino; sin embargo, en Occidente también creíamos en una versión menos formal de esa misma premisa.

La Guerra Fría no se limitó solo a un enfrentamiento geopolítico: también fue una lucha cultural y moral que dejó a la humanidad agotada por las ideologías y desilusionada en cuanto al avance tecnológico, al tiempo que minaba profundamente la confianza en el ser humano hacia finales del siglo XX. Un siglo sin rumbo fijo.

Hacia el final del siglo XX, la sociedad pareció estar en un punto más alto en términos de avance material, pero al mismo tiempo perdido en lo que respecta al significado de las cosas. Según Yehudi Menuhin, el siglo XX fue un período que generó grandes expectativas por parte de la humanidad y a su vez desilusionó todas las ilusiones y sueños.

La crisis no se limitó únicamente al ámbito político o económico; también fue de naturaleza moral y antropológica en su esencia más profunda. No se trató de una crisis específica en la organización de las sociedades; fue una crisis que abarcó todas las posibles formas, según lo resumido por Hobswam. Las palabras como comunidad, solidaridad o moralidad perdieron su significado y la única forma restante de definir la identidad grupal era excluyendo aquellos que no formaban parte de ella.

Este fue el escenario en el que la Iglesia comenzó a elevar su voz como un mensaje profético, pero no presentando un nuevo sistema ideológico; más bien proponiendo una antropología fundamentada en la dignidad innata de cada ser humano. Pero antes de comprender la relevancia de esa voz -encarnada de manera única en figuras como San Juan Pablo II- es necesario reconocer el vacío al que respondía: una humanidad perdida y desilusionada en busca de redención.

2.4. *La necesidad de una voz moral en medio del caos*

En medio de los conflictos entre diferentes corrientes ideológicas en la era moderna y las incertidumbres que amenazan la existencia humana; la Iglesia emergió como un farol de moralidad que sin abandonar sus creencias fundamentales alza su voz en defensa de la humanidad. Esta voz no es la de un poder terrenal ni una ideología más entre tantas; sino la de aquellos que desde su fe en el Evangelio nos recuerdan en cada época que el ser humano no puede ser entendido sin tener en cuenta lo divino.

El siglo XX desafió a la Iglesia al enfrentarse contra sistemas que prometían redención pero llevaban consigo opresión en su camino: el comunismo materialista y los regímenes fascistas y nazis idolatraban al Estado y negaban la presencia de la imagen divina en el ser humano; ante esto la respuesta de la iglesia fue reafirmar que el hombre debe ser siempre considerado como un fin en sí mismo y nunca como un simple medio. Pío XI alertaba: “No se dejen engañar, el comunismo es intrínsecamente malo”¹³, porque despoja al hombre de su libertad espiritual y de su relación trascendente. La misma voz profética, dirigida a los obispos alemanes, se alzó, condenando los postulados racistas y neopaganos del nazismo, afirmando que: “El que toma la raza, o el pueblo, o el Estado... y los diviniza con culto idólatrico, falsea y pervierte el orden establecido por Dios”¹⁴.

Denunciar no era suficiente. La Iglesia se sintió llamada también a proponer una alternativa: una visión del hombre anclada en la verdad revelada y abierta a todos los pueblos, puesto que “El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”¹⁵. Frente a las antropologías deformadas por el poder o el mercado, la Iglesia volvió su mirada a “Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre”¹⁶, como clave hermenéutica de toda acción social. Cumpliéndose así la palabra que dice: “Dios quiso salvar al mundo por la locura de la predicación” (1Cor 1, 21), una locura que no busca el dominio, sino la liberación de la conciencia.

La doctrina social de la Iglesia, en este contexto, fue el rostro público de esa reflexión moral. No se trataba de teorizar desde la comodidad, sino de responder al sufrimiento real de los pueblos. “La verdad, la justicia, el amor y la libertad, fundamentos de la convivencia humana”¹⁷, se presentan además como una respuesta pacífica, frente un orden internacional herido por la sospecha y el miedo.

¹³ PIO XI, *Divini Redemptoris*, n. 60.

¹⁴ Cf. PIO XI, *Mit Brennender Sorge*, n. 12.

¹⁵ CVII, *Gaudium et Spes*, n. 22.

¹⁶ CEC, 464.

¹⁷ JUAN XXIII, *Pacem in Terris*, n. 35.

El tema recurrente de estas intervenciones no es una doctrina impuesta, sino una forma de enseñanza basada en la libertad. En palabras del Evangelio según Juan: “La verdad os hará libres” (Juan 8:32). Esta libertad no se limita a simples elecciones, sino que surge del conocimiento de ser amado por Dios y responsable del prójimo. Por esa razón la Iglesia no solo buscó oponerse al mal sino también ser un recordatorio vivo del amor; en las palabras del teólogo Romano Guardini: una presencia constante que nos recuerda que la vida tiene significado aún en medio de la negatividad.

2.5. *Catástrofe bélica*

El desastre de Hiroshima en el 6 de agosto de 1945 se convirtió en un símbolo impactante de lo lejos que puede llegar la tecnología cuando se separa de la ética. La bomba atómica no solo devastó una ciudad en segundos sino que reveló el fracaso ético de la humanidad que al haber construido una civilización racional, no pudo evitar su autodestrucción. La Iglesia no permaneció apática ante este evento. A pesar de que en ese momento no se expresó de manera oficial de forma contundente al respecto, la comunidad educativa posterior no vaciló en considerarlo como parte de esa “cultura de la muerte” que pone en peligro la dignidad humana.

Ya en *Gaudium et Spes*, el Concilio Vaticano II afirmó con dolor: “Toda acción bélica dirigida indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras con sus habitantes es un crimen contra Dios y contra el hombre mismo, que debe ser condenado sin vacilaciones” (GS 80). La alusión, aunque sin nombrarla directamente, remite inevitablemente a Hiroshima y Nagasaki. Posteriormente, Juan Pablo II, en su mensaje desde la propia ciudad de Hiroshima en 1981, clamó: La guerra es obra del hombre. La guerra es destrucción de la vida humana. La guerra es muerte. [...] Nunca más la guerra, nunca más la guerra. ¡Con la guerra todo se pierde! Ese eco retumbó en el corazón de muchos como una súplica que convertía a la Iglesia en conciencia incómoda de un mundo que aún coqueteaba con la autodestrucción.

En medio de un siglo marcado por la violencia y la tragedia sangrientas, la respuesta de la Iglesia no se limitó solo al ámbito intelectual o diplomático, sino que se manifestó de manera profundamente tangible. Los ejemplos de santos como Maximiliano Kolbe, que sacrificó su vida en Auschwitz por un padre de familia sentenciado a muerte, y Edith Stein, una mártir del nazismo, son testigos vivos de esa voz moral que no clama desde un púlpito sino que irradia amor hasta el extremo hasta en medio del horror humano. San Óscar Romero fue asesinado mientras oficiaba la misa en medio de un conflicto civil y simboliza la dedicación total al mensaje del Evangelio como principio de equidad y renovación para los menos favorecidos.

Al lado de ellos estuvieron los papas del siglo XX como Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II ; quienes no ofrecieron soluciones simples, sino una constante reorientación de la conciencia hacia lo fundamental : que el hombre no puede edificarse en oposición al hombre, que el progreso sin fraternidad no es desarrollo, sino una amenaza, que la verdad sin amor se convierte en ideología y que solo la fe en el Dios encarnado, crucificado y resucitado puede sustentar una auténtica civilización del amor.

En esos tiempos de oscuridad en la historia intermedia del hombre y sus sombras imperantes; la institución eclesiástica distaba de ser impecable; sin embargo, cumplía una función vital en la sociedad. No por su capacidad de resolver todos los enigmas planteados sino por su perseverancia en no perder de vista la interrogante fundamental que nos define como seres humanos auténticos ¿qué significa ser verdaderamente humano?

III. SAN JUAN PABLO II: EL PAPA QUE ENFRENTÓ EL TOTALITARISMO

*“La libertad no es la capacidad de hacer cualquier cosa,
sino la capacidad de elegir el bien...
Consiste no en hacer lo que nos place,
sino en tener el derecho de hacer lo que debemos...
y es auténtica cuando está ordenada
a la verdad y al bien”.*

(Cf. San Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, nn. 38, 84)

3.1. *Juventud en Polonia, resistencia al nazismo y al comunismo*¹⁸

Karol Józef Wojtyła nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, una pequeña ciudad del sur de Polonia, en un contexto histórico profundamente marcado por la recuperación de la soberanía nacional tras más de un siglo de particiones. Su infancia estuvo atravesada por el sufrimiento: perdió a su madre a los ocho años, a su hermano médico a los doce, y a su padre, su último vínculo familiar, a los veintiún años. En medio de este ambiente, su entorno religioso y cultural comenzó a moldear una personalidad de intensa vida interior, marcada por el estudio, la sensibilidad artística y la devoción mariana.

¹⁸ Este apartado biográfico ha sido elaborado con base en dos fuentes principales: el artículo académico de José Luis Orella Martínez, “¿Quién fue Karol Józef Wojtyła?”, en *Cuadernos de Pensamiento* 33 (2020) 99-123, y el perfil biográfico oficial disponible en el sitio Web del Vaticano.

Su ingreso a la Universidad Jagellónica en 1938 para estudiar Filología Polaca y su participación en el teatro experimental reflejan esta vocación intelectual y estética. Sin embargo, todo cambiaría en 1939 con la invasión nazi y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Ante el cierre de las universidades por parte de las fuerzas de ocupación, Karol se vio forzado a trabajar como obrero en una cantera y luego en la fábrica química “Solvay” para evitar ser deportado a Alemania. Esta experiencia de trabajo manual no solo lo salvó de la deportación, sino que forjó en él una profunda conexión con el mundo obrero y con la dignidad del trabajo.

Durante la ocupación alemana, participó en la resistencia cultural a través del Teatro Rapsódico, una forma de preservar la identidad nacional y la libertad espiritual del pueblo polaco. Fue también en este contexto donde maduró su vocación sacerdotal, influido decisivamente por Jan Tyranowski, un sastre místico que le introdujo en la espiritualidad de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. En 1942 ingresó al seminario clandestino de Cracovia, fundado por el cardenal Adam Sapieha, con quien cultivaría una relación formativa decisiva.

Tras la guerra, Wojtyła fue ordenado sacerdote en 1946. Su vida espiritual e intelectual prosiguió con estudios en Roma, donde profundizó en teología en el Angelicum, y luego con un retorno pastoral y académico a Polonia, que vivía ya bajo el régimen comunista. La nueva ocupación soviética impuso una nueva forma de totalitarismo que, si bien derrotaba al nazismo, negaba igualmente la libertad religiosa, el pensamiento crítico y los derechos fundamentales. En este nuevo clima de persecución ideológica, Wojtyła se convirtió en una figura clave en la defensa de la fe y de la dignidad humana. Desde su trabajo con los jóvenes universitarios, su predicación incisiva y su docencia filosófica, hasta su consagración como obispo auxiliar de Cracovia en 1958, su vida fue una continua resistencia ética y espiritual ante las ideologías de muerte que marcaron el siglo.

3.2. *El Muro de Berlín: situación política, significado simbólico*

La construcción del Muro de Berlín en 1961 representó “la división de Europa entre el Este comunista y el Oeste capitalista, al mantener en pie el símbolo de la Guerra Fría”¹⁹. También significó ideológicamente a dos mundos opuestos: el comunismo soviético y el liberalismo occidental. Este muro, más que una barrera de concreto y alambre, se convirtió en el emblema por excelencia de la división ideológica del mundo durante el siglo XX.

¹⁹ SPENSER, D., *La caída del muro de Berlín y el proceso de democratización en Checoslovaquia*, *Desacatos* 67, 2021, p. 95.

Desde su instauración, el régimen comunista de la República Democrática Alemana (RDA) buscó justificar el muro como una medida de protección frente al “fascismo occidental”, pero en la práctica fue un intento de evitar la masiva fuga de ciudadanos al Oeste, lo que cuestionaba la legitimidad del sistema socialista. Entre 1949 y 1961, aproximadamente tres millones de alemanes del Este habían emigrado hacia el Oeste, debilitando seriamente la estructura económica y política de la RDA²⁰.

El Muro no solo simbolizaba una frontera geopolítica, sino una frontera moral y espiritual. En palabras de algunos analistas, su caída fue interpretada como “el colapso de una civilización basada en el miedo, la represión y la mentira”²¹. Esta dimensión simbólica fue clave para figuras como Juan Pablo II, cuyo papel en la defensa de los derechos humanos y en el fomento de una cultura de la libertad fue esencial en la deslegitimación del totalitarismo comunista, especialmente en Europa del Este.

3.3. *Sindicato Solidarnosc (Solidaridad) y su impacto*

El surgimiento del sindicato Solidaridad (Solidarność) en Polonia marcó un punto de inflexión en la lucha contra el régimen comunista en Europa del Este. Este movimiento obrero, sin precedentes en el bloque soviético por su independencia del Estado y su carácter pacífico, tuvo como epicentro los astilleros de Gdansk en 1980, donde emergió una figura clave: Lech Wałęsa.

Wałęsa, electricista de profesión, supo encarnar las aspiraciones del pueblo polaco a través de un liderazgo carismático y profundamente arraigado en la identidad católica del país. “El movimiento que inició Solidaridad y que obtuvo el apoyo de importantes sectores de la sociedad polaca, se convirtió rápidamente en un movimiento nacional que buscó alcanzar sus objetivos por medio de la vía pacífica”²². En este contexto, Lech Wałęsa aparece como un “líder ejemplar que inspiró a una generación entera, siendo descrito como hombre de su tiempo”²³ y protagonista en el despertar de la conciencia cívica de los trabajadores polacos.

La huelga de agosto de 1980 en los astilleros de Gdansk no fue un fenómeno aislado. Fue el desenlace de una larga serie de crisis económicas y sociales

²⁰ THIES, J., “Alemania, ¿y ahora qué?”, en *Política Exterior*, *Y el muro cayó*, núm. 14 (invierno de 1990) 1-2.

²¹ *ibid.*, p. 3.

²² LATAPÍ ESCALANTE, M., *Sindicato Solidaridad...*, 9.

²³ Cf. *ibid.*, Dedicatoria.

agravadas por el autoritarismo del Partido Obrero Unificado Polaco. Las demandas de los trabajadores, que incluían desde mejores condiciones laborales hasta la libertad religiosa y sindical, confluyeron en los “21 postulados del acuerdo de Gdansk”²⁴, que serían la base del reconocimiento oficial de Solidaridad.

La Iglesia católica jugó un papel crucial como mediadora. En este sentido, la elección de Karol Wojtyła como papa en 1978 tuvo un efecto movilizador: “el Papa hizo una visita triunfal a Polonia.”²⁵. No sólo brindó respaldo espiritual, sino también visibilidad internacional al conflicto polaco. La propia creación de Solidaridad fue inseparable de este nuevo clima cultural: “el cardenal de Cracovia, Karol Wojtyla fue elegido Papa con el nombre de Juan Pablo II, de este modo la Iglesia católica polaca se vio reforzada”²⁶.

La represión no se hizo esperar. En diciembre de 1981, el general Wojciech Jaruzelski impuso la ley marcial, declarando ilegal al sindicato y encarcelando a muchos de sus miembros, incluido Wałęsa. Sin embargo, el espíritu de Solidaridad sobrevivió gracias a una vasta red de apoyo nacional e internacional, y a la persistencia de su memoria en el pueblo polaco. Como afirma el documento de la Universidad de Buenos Aires, “la puerta número 2 del astillero se convertirá en un lugar simbólico de concurrencia, y la memoria de aquel 14 de diciembre de 1970, quedará materializada en el monumento que se inaugura en diciembre de 1980”²⁷.

El papel del papa Juan Pablo II fue fundamental en este proceso. Su influencia espiritual y política contribuyó al despertar de las conciencias adormecidas bajo el totalitarismo comunista y fomentó un diálogo entre Iglesia y sociedad civil que devolvió la esperanza a un pueblo oprimido. El impacto de Solidaridad trascendió lo sindical para convertirse en el germen de la democratización de Polonia y en el principio del fin para los regímenes comunistas en Europa del Este.

3.4. *Influencia directa e indirecta de Juan Pablo II en la caída del comunismo*

La figura de Juan Pablo II desempeñó un papel determinante en el colapso del comunismo en Europa del Este, tanto por su influencia directa en los acontecimientos políticos como por su impacto espiritual y moral en las sociedades sometidas a regímenes totalitarios.

²⁴ Cf. *Ibid.*, 98.

²⁵ ALBERRO, LUCAS, et. Allí., *Polonia: Crónica de una democracia anunciada*, 4.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibid.*, 5.

Desde su elección en 1978, el papa polaco Karol Wojtyła se convirtió en un símbolo de esperanza para millones de personas que vivían bajo la opresión del comunismo. Su primera visita a Polonia en junio de 1979 marcó un hito en la historia contemporánea. Durante la misa celebrada en la plaza de la Victoria de Varsovia, Juan Pablo II pronunció palabras que resonaron profundamente en el alma de los polacos: “No es posible entender sin Cristo la historia de la nación polaca, de esta gran comunidad milenaria, que tan profundamente incide sobre mí y sobre cada uno de nosotros”²⁸. Estas palabras no solo reafirmaron la identidad cristiana de Polonia, sino que también desafiaron implícitamente la ideología atea del régimen comunista. La visita papal fortaleció la conciencia nacional y religiosa del pueblo polaco, produciendo “la exaltación nacionalista y el potenciamiento de la creencia en la capacidad de enfrentarse al gobierno”²⁹, preparando así el terreno para el surgimiento del sindicato Solidaridad en 1980.

La encíclica *Redemptor Hominis*, profundizó en la visión antropológica de Juan Pablo II, subrayando la dignidad inalienable de la persona humana y su vocación a la libertad. El Papa escribió: “El hombre no puede renunciar a sí mismo, ni al puesto que le es propio en el mundo visible, no puede hacerse esclavo de las cosas, de los sistemas económicos, de la producción y de sus propios productos. Una civilización con perfil puramente materialista condena al hombre a tal esclavitud, por más que tal vez, indudablemente, esto suceda contra las intenciones y las premisas de sus pioneros.”³⁰. Esta afirmación contradecía frontalmente la concepción marxista del individuo subordinado al Estado y a la colectividad.

Desde el plano político, su influencia fue más sutil, pero decisiva, el movimiento Solidaridad, “estuvo reforzado por el apoyo eclesástico e intelectual... produciendo en Polonia, una revolución pacífica, una revolución de terciopelo”³¹. La vía pacífica fue una elección inspirada, en parte, por el lenguaje ético y espiritual promovido por el Papa. A diferencia de otras revoluciones armadas, Solidaridad se presentó como un movimiento de valores, no de odio. Juan Pablo II no dictó una estrategia, pero su presencia inspiró una forma de resistencia profundamente humana.

En 1991, con motivo del centenario de la encíclica *Rerum Novarum*, Juan Pablo II publicó *Centesimus Annus*, donde reflexionó sobre los acontecimientos recientes y el colapso del comunismo, recordándonos que, “La verdadera causa de las novedades..., es el vacío espiritual provocado por el ateísmo, el

²⁸ JUAN PABLO II, *Homilía del 2 de junio de 1979 en la Plaza de Varsovia*, Polonia.

²⁹ ALBERRO, LUCAS, et. Allí., *Polonia: Crónica de una democracia anunciada*, 4.

³⁰ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 16.

³¹ ALBERRO, LUCAS, et Allí., *Polonia: Crónica de una democracia anunciada*, 16.

cual ha dejado sin orientación a las jóvenes generaciones”³². La caída del comunismo se logró mediante una lucha pacífica que empleó “las armas de la verdad y de la justicia”³³, en contraste con la violencia promovida por la ideología marxista.

Esta perspectiva coincide con testimonios que señalan que la represión del Estado comunista “buscaba el control de las mentalidades, el control oficial de la memoria colectiva, intentando borrar los símbolos que persistían del pasado”³⁴. El intento de suprimir la memoria religiosa fue sistemático, pero fracasó en parte por la voz profética de Juan Pablo II, que supo reactivar el lenguaje de los símbolos y la historia nacional.

Juan Pablo II también abordó la raíz del totalitarismo moderno, identificándola en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible, y advirtió que “el Estado totalitario tiende... a absorber en sí mismo la nación, la sociedad, la familia, las comunidades religiosas y las mismas personas”³⁵.

La influencia del Papa no se limitó a Polonia. Su defensa de los derechos humanos y la libertad religiosa inspiró a numerosos movimientos prodemocráticos en Europa del Este. Su papel fue reconocido incluso por líderes políticos occidentales, quienes vieron en él a un aliado moral en la lucha contra el comunismo.

La caída del comunismo no fue solo el resultado de factores económicos o políticos, sino también de un despertar espiritual y moral que desafió las bases ideológicas del sistema. En este contexto, las palabras pronunciadas por Juan Pablo II en su homilía de inauguración del pontificado cobran un significado especial: ¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Esta exhortación se convirtió en un lema que resonó en los corazones de millones de personas, alentándolas a superar el miedo impuesto por los totalitarismos y a buscar la verdad y la libertad en Cristo.

Así, la influencia de Juan Pablo II en la caída del comunismo no solo se manifestó en acciones concretas y discursos, sino también en la revitalización de la esperanza y la fe en sociedades marcadas por la opresión. Su legado espiritual preparó el camino para una nueva era en la que la libertad y la dignidad humana recuperaron su lugar central en la vida de los pueblos.

³² JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, n. 24.

³³ *Ibid.*, n. 23.

³⁴ ALBERRO, LUCAS, et. Allí., *Polonia: Crónica de una democracia anunciada*, 5.

³⁵ JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, n. 44.

3.5. *La dimensión espiritual: “No tengáis miedo”, como lema frente al miedo impuesto por los totalitarismos*

La elección de Karol Wojtyła como Papa en 1978, en medio de una Europa dividida por el Telón de Acero y de un mundo profundamente tensionado por la Guerra Fría, no fue una coincidencia, sino una irrupción providencial en la historia. No fue elegido para ser un Papa polaco, como él mismo se encargaría de aclarar, sino para ser el Papa de la Iglesia universal desde el corazón herido del siglo XX. En este contexto de miedo, ideologización y negación de lo trascendente, su primer mensaje como pontífice, “¡No tengáis miedo!”, no solo marcó el inicio de un ministerio, sino que se convirtió en una clave teológica y pastoral para leer su servicio petrino entero.

En la homilía de inauguración del pontificado, Juan Pablo II lanzó con fuerza: “¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su poder salvador las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo”³⁶. Esta proclamación resonó como una denuncia implícita a todos los sistemas ideológicos que pretendían mantener al hombre encerrado en una visión materialista y sin horizonte trascendente, y como un anuncio esperanzador para una humanidad sedienta de verdad y libertad.

“No tengáis miedo” es, ante todo, un imperativo evangélico. En la Sagrada Escritura aparece repetidamente como una expresión de la cercanía de Dios que transforma las realidades más adversas. Ya en el Antiguo Testamento, Isaías proclama: “No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios” (Is 41, 10). Y en el Nuevo Testamento, estas palabras resuenan con especial ternura en labios de Jesús: “No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros el Reino” (Lc 12, 32). En Juan Pablo II, este mandato bíblico se convierte en un programa pastoral, en una clave de lectura para toda la misión de la Iglesia: seguir a Cristo sin temor, aún en medio de la amenaza del totalitarismo o del nihilismo contemporáneo.

El Papa no hablaba desde una teoría abstracta del miedo, sino desde la experiencia concreta de quien había vivido bajo dos regímenes totalitarios -el nazismo y el comunismo- que intentaron suprimir la libertad del hombre anulando su relación con Dios. Su grito “¡No tengáis miedo!” surgía como respuesta espiritual a ese proyecto ideológico de borrar la identidad profunda del hombre, porque, “el hombre no puede renunciar a sí mismo, a su dignidad, a su vocación, a la libertad que le es propia”³⁷. En otras palabras, el miedo que los regímenes

³⁶ JUAN PABLO II, *Homilía en el comienzo de su pontificado*.

³⁷ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 16.

querían imponer no era solo físico o político: era un miedo existencial, un intento de romper la comunión del hombre con su Creador y Redentor.

Desde este núcleo teológico, Juan Pablo II desarrolló una misión que desbordó lo geopolítico. Su discurso no estaba dirigido exclusivamente a los pueblos del Este, sino a toda la Iglesia y al mundo entero. “No tengáis miedo” fue una exhortación dirigida a los laicos, a las familias, a los jóvenes, a los intelectuales, a los hombres de ciencia y de cultura, a los artistas y a los políticos. Al reflexionar sobre la caída de los regímenes comunistas, escribió: “El totalitarismo nace de la negación de la dignidad trascendente de la persona humana”³⁸, y por eso su superación no podía limitarse a reformas técnicas: debía partir de una conversión interior que restituyera al hombre su libertad espiritual.

Por eso, a lo largo de sus viajes apostólicos, el Papa repitió sin cesar su llamado: “¡No tengáis miedo de ser santos!” (Homilía, 1 de noviembre de 1989), “¡No tengáis miedo del futuro!” (Mensaje a los jóvenes, Toronto 2002), “¡No tengáis miedo de ir contracorriente!” (Discurso a los universitarios, Roma 2003). Su mensaje se convirtió en una pedagogía espiritual para la Iglesia, puesto que no se puede anunciar el Evangelio si se hace desde el temor, porque “el amor perfecto expulsa el miedo” (1 Jn 4, 18).

Este lema se volvió también una brújula para la misma Iglesia. Con él, exhortó a los obispos, sacerdotes y fieles a “remar mar adentro”³⁹ sin temor a las dificultades del mundo moderno. Este testimonio profético encontró eco en una humanidad dividida, pero aún capaz de escuchar. En países oprimidos como Polonia, Hungría o Checoslovaquia, la consigna “¡No tengáis miedo!” se transformó en consigna de resistencia interior y en horizonte espiritual de los movimientos sociales no violentos.

El valor de esta dimensión espiritual no radica únicamente en su impacto sociopolítico. Juan Pablo II siempre insistió en que el drama del hombre contemporáneo es más profundo: “El temor, que atormenta a los hombres modernos, ¿acaso no nace también, en su raíz más profunda, de la muerte de Dios?”⁴⁰. El miedo moderno no es sólo a perder derechos o bienes, sino a no saber quién se es ni para qué se vive. Por eso, la respuesta no podía ser otra que Cristo. Sólo Él puede devolver al hombre la verdad de su origen y la esperanza de su destino.

³⁸ JUAN PABLO II, *Centesimus Annus*, n. 44.

³⁹ JUAN PABLO II, *Novo Millenio Ineunte*, n. 15.

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Homilía del 13 de abril de 1980*.

“¡No tengáis miedo!” es, entonces, una proclamación pascual. Es la voz del Resucitado que atraviesa los muros del cenáculo cerrado (cf. Jn 20, 19), y que hoy sigue resonando en cada rincón del mundo donde el hombre se encuentra encerrado en sus temores, esclavo de ideologías, consumido por la indiferencia o paralizado por la desesperanza.

Y es también un mandato eclesial. No sólo el Papa está llamado a no tener miedo. Toda la Iglesia debe salir de sí misma y proclamar a Cristo sin temor, como pidió Juan Pablo II a los jóvenes en Tor Vergata: “No tengáis miedo de entregar vuestra vida a Cristo. Él os guiará y os dará la fuerza para seguirlo hasta el final” (Jornada Mundial de la Juventud, Roma 2000).

Así, aquel grito nacido en una Plaza de San Pedro en 1978 no ha perdido actualidad. Al contrario, resuena con más urgencia que nunca en un mundo herido, y se dirige hoy a cada hombre, de toda edad, condición y cultura, como un camino de libertad y de santidad.

IV. BENEDICTO XVI: EL PAPA QUE DEFENDIÓ LA VERDAD EN LA ERA DEL RELATIVISMO

*“Cuando la razón se separa de la fe,
termina cayendo en el relativismo y el nihilismo”.*
Benedicto XVI, *Discurso en Ratisbona*

4.1. Infancia en la Alemania nazi y formación intelectual

Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927 en Marktl am Inn, en la región de Baviera, al sur de Alemania, en el seno de una familia católica profundamente creyente. Su padre era comisario de policía, y según el propio Ratzinger, un crítico firme del régimen nacionalsocialista desde sus inicios⁴¹. La infancia del futuro Benedicto XVI transcurrió, pues, bajo la amenaza del totalitarismo nazi, cuyos efectos marcaron no solo su entorno, sino también sus primeras experiencias de fe y de conciencia moral.

A la edad de 14 años fue inscrito en las juventudes hitlerianas, como era obligatorio en aquel momento, aunque no participó activamente en sus actividades. Posteriormente fue reclutado por el ejército alemán hacia el final de la guerra, en 1943, y sirvió brevemente en una unidad antiaérea. En los últimos meses del conflicto, desertó y fue hecho prisionero por los aliados, quedando internado

⁴¹ Cf., Biografía oficial del Papa Benedicto XVI-Vatican.va

durante un breve período en un campo de prisioneros de guerra⁴². Estas vivencias, sumadas a la destrucción material y espiritual que presenció en su país, dejaron una huella indeleble en su pensamiento posterior, especialmente en su comprensión del mal, de la libertad y de la necesidad de una razón abierta a la verdad.

Finalizada la guerra, en 1946 ingresó junto a su hermano Georg en el seminario de Freising, y más tarde continuó su formación en la Universidad de Múnich. Fue ordenado sacerdote en 1951 y, en 1953, obtuvo su doctorado en teología con una tesis sobre san Agustín. Desde entonces, su carrera académica se desarrolló con brillantez: fue profesor en varias universidades alemanas, participó como perito en el Concilio Vaticano II y se consolidó como una de las voces más influyentes de la teología católica del siglo XX⁴³.

Su pensamiento, nutrido por los grandes Padres de la Iglesia, por la tradición litúrgica y por la experiencia de una época devastada por el totalitarismo, estuvo siempre marcado por una preocupación central: custodiar la fe en un mundo en el que la verdad comenzaba a ser considerada sospechosa o irrelevante.

4.2. *La crisis del pensamiento moderno: relativismo moral, nihilismo*

La era moderna, heredera del racionalismo ilustrado y de las revoluciones sociales y científicas que definieron los siglos XVIII al XX, dio lugar a profundas transformaciones en la concepción que el hombre tenía de sí mismo, de la verdad, y del sentido último de la vida. A medida que la secularización avanzaba, también lo hacía una crisis interna en el pensamiento occidental que comenzaría a manifestarse con claridad en el siglo XX: la fragmentación de los fundamentos morales, la pérdida del horizonte trascendente y, finalmente, la disolución de la noción misma de verdad⁴⁴.

Esta crisis se expresa de forma especialmente aguda en dos fenómenos culturales interrelacionados: el relativismo moral y el nihilismo. El primero sostiene que no existen valores o principios universales válidos para todos, sino que cada individuo o cultura establece sus propios criterios éticos, sin referencia a una verdad objetiva. Como señala José Román Flecha, “el relativismo aparece como una forma de defensa frente a la intolerancia, pero acaba eliminando

⁴² Cf. BALLADARES CASTILLO, C., “Joseph Ratzinger y la Segunda Guerra Mundial”; disponible en: revistameer.com

⁴³ Cf., Biografía oficial del Papa Benedicto XVI-Vatican.va.

⁴⁴ Cf., FLECHA ANDRÉS, *El relativismo en la sociedad actual*, Instituto Social León XIII, 2006, p. 8.

cualquier posibilidad de un discernimiento ético válido más allá de lo subjetivo”. Esta perspectiva genera una ética fluida, sin raíces, en la que los juicios morales se fundan en la opinión, la emoción o el consenso momentáneo⁴⁵.

El nihilismo, en cambio, es la consecuencia extrema de este proceso. Procedente del pensamiento de Nietzsche y sus herederos, se configura como la negación de todo valor, el convencimiento de que “nada tiene sentido” y de que toda afirmación de verdad o bien es una construcción de poder. Según se explica en el ensayo publicado en *Philosophica*, el nihilismo “nace del agotamiento de los grandes relatos modernos, y se manifiesta como un escepticismo radical frente a toda pretensión de verdad o finalidad última”⁴⁶.

La modernidad, en su afán por liberar al hombre de la tutela religiosa, terminó -como predijeron algunos pensadores contemporáneos- vaciando de contenido las categorías fundamentales sobre las que se construye la convivencia humana: verdad, bien, justicia, dignidad. El pensamiento de Hannah Arendt, por ejemplo, vincula esta pérdida de sentido con la aparición de los totalitarismos, que aprovechan el vacío axiológico para imponer narrativas absolutas sin oposición moral efectiva.

El resultado de este doble fenómeno ha sido la proliferación de lo que Benedicto XVI llamaría más tarde “la dictadura del relativismo”: una atmósfera cultural en la que toda afirmación de verdad es sospechosa de autoritarismo, y en la que el testimonio cristiano aparece como una amenaza al consenso superficial de lo políticamente correcto. Como señala el profesor Chillón en su estudio sobre la secularización posmoderna, “la desvinculación del hombre moderno respecto de su origen y destino trascendente conduce inevitablemente a una ética de mínimos, o bien a la desesperación antropológica”⁴⁷.

En este clima, la noción de libertad se desliga de toda responsabilidad ante la verdad y se reduce a la simple autodeterminación sin límite. Pero una libertad sin verdad, como bien indicó Joseph Ratzinger en sus múltiples intervenciones, no es libertad auténtica, sino arbitrariedad: La libertad del hombre necesita un punto firme de referencia. La verdad y el bien no se inventan, se descubren, diría en múltiples discursos durante su pontificado.

A esta crisis del pensamiento moderno se enfrenta Benedicto XVI desde una posición profundamente teológica y pastoral. Su diagnóstico no es pesimista,

⁴⁵ Cf., N. H., ESQUIVEL ESTRADA, *Del relativismo moral al universalismo ético y sus paradojas...*, 55 – 73.

⁴⁶ F., FERNÁNDEZ LABASTIDA, J. A., MERCADO, *El nihilismo contemporáneo...*, 3.

⁴⁷ CHILLÓN LORENZO, J. M., *El nihilismo de la secularización en la posmodernidad...*, 473.

sino lúcido: muestra que el verdadero desafío para la Iglesia en el siglo XXI no es sólo el secularismo o el pluralismo, sino una cultura que ha dejado de creer que exista algo verdadero más allá del individuo. Enfrentar esa cultura con inteligencia y caridad será precisamente una de las grandes tareas de su magisterio.

4.3. *Fe y Razón: el gran aporte de Benedicto XVI*

En la segunda mitad del siglo XX y los comienzos del XXI, el pensamiento occidental ha oscilado peligrosamente entre dos extremos: por un lado, la hipertrofia de la razón técnica, convertida en instrumento de dominio sobre la realidad, y por otro, una sospecha profunda hacia cualquier afirmación de verdad universal. En medio de este panorama de fragmentación cultural y moral, Joseph Ratzinger, más tarde Benedicto XVI, propuso con firmeza una vía de síntesis: la reconciliación profunda entre la fe y la razón como único camino para rescatar al hombre del vacío existencial del relativismo.

Lejos de considerar a la fe y la razón como esferas separadas o incluso enfrentadas, Ratzinger insistió siempre en su mutua necesidad. La razón, si quiere permanecer humana, necesita abrirse a lo trascendente; y la fe, para no deslizarse hacia el fideísmo o el sentimentalismo, debe dar razón de sí misma. En su discurso pronunciado en la Universidad de Ratisbona en 2006, señaló con claridad: “No actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios”. Esta afirmación, aparentemente técnica, escondía una crítica profunda a la cultura moderna: el haber separado la racionalidad del horizonte de sentido, y, por tanto, de Dios.

Esa desvinculación es lo que da lugar al relativismo, entendido no sólo como la tolerancia de opiniones diversas, sino como la negación de toda posibilidad de verdad objetiva. Para Ratzinger, este es uno de los síntomas más graves de nuestra época, y lo denunció como “la dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus deseos”⁴⁸. El relativismo, bajo apariencia de libertad, encierra al hombre en sí mismo, le impide acceder a lo real y, por tanto, amar verdaderamente.

Es en esta tensión donde aparece la teología como acto de razón iluminada por la fe, una razón que no abdica de su misión crítica, sino que se abre al Logos creador. Benedicto XVI lo expresó con elegancia en *Deus Caritas Est*, su primera encíclica: “El amor es una luz -en el fondo la única- que ilumina

⁴⁸ RATZINGER, J., *Homilía en la Misa Pro Eligendo Romano Pontifice*, 18 de abril de 2005.

constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar”⁴⁹. Allí se evidencia que no basta con pensar; hay que amar lo que se conoce, y conocer aquello que se ama. No se trata de una afectividad sin fundamento, sino de una razón amorosa, capaz de integrar la totalidad del hombre.

Este horizonte se despliega aún más en *Spe Salvi*, donde la esperanza aparece como virtud racional y escatológica. “La redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable”⁵⁰. La razón humana, cuando dialoga con la fe, no se anula, sino que descubre su verdadera dimensión: no sólo explicar el mundo, sino también sostener la vida en medio del sufrimiento, del límite y de la espera.

En *Caritas in Veritate*, su tercera encíclica social, Benedicto aplicó este principio al campo del desarrollo humano y económico: “La caridad en la verdad [...] es principio no sólo micro-relacional, sino macro-relacional; no sólo de las relaciones de amistad, familia o pequeños grupos, sino también de las relaciones sociales, económicas y políticas”⁵¹. En otras palabras, sin verdad, sin una razón abierta al bien común, fundada en el reconocimiento de una naturaleza humana compartida, la caridad se vuelve ineficaz o manipulable.

La fe, entonces, no es un refugio frente a la razón, ni un discurso paralelo reservado a lo privado. Es la plenitud de la razón misma, que encuentra en Dios no su negación, sino su cumplimiento. Como enseña el Evangelio de Juan, “En el principio existía el Logos, y el Logos estaba con Dios, y el Logos era Dios” (Jn 1,1). Benedicto XVI retomó esta afirmación desde el corazón mismo de la modernidad universitaria, como en su discurso a los profesores en El Escorial: “La auténtica idea de universidad [...] está íntimamente vinculada con la convicción de que la razón humana puede llegar a la verdad y de que esta verdad tiene un valor salvífico”⁵².

No es casual que este Papa-teólogo se haya referido constantemente a figuras como San Agustín, San Buenaventura o Santo Tomás de Aquino. Todos ellos, en contextos culturales diversos, buscaron integrar el deseo de Dios con el ejercicio de la inteligencia. Y esa es, quizá, la mayor enseñanza de Benedicto XVI: que la verdad no es un concepto frío ni una imposición, sino una Persona que

⁴⁹ BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 39.

⁵⁰ BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 1.

⁵¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, 2.

⁵² BENEDICTO XVI, *Encuentro con los jóvenes profesores universitarios*. Real Monasterio de El Escorial, 18 – 21 de agosto de 2011.

se revela y se deja buscar. Como decía san Agustín, tan citado por él: “*Intellectum valde ama*”⁵³, ama profundamente la inteligencia.

Por eso, frente a una época que ha llegado a desconfiar tanto de la fe como de la razón, la propuesta de Benedicto XVI no es un retorno nostálgico al pasado, ni una claudicación frente al presente, sino una invitación valiente a recuperar el lugar de la verdad en la vida del hombre. Verdad que no es ideología, sino encuentro, y que tiene un nombre: Jesucristo. A Él lo anunciará, sin miedo, desde el corazón de la Iglesia, cuando le toque asumir una responsabilidad aún más grande, en medio de un mundo cada vez más huérfano de certezas.

4.4. *El gesto de reconciliación histórica: un Papa alemán después de uno polaco*

La elección de Joseph Ratzinger como Papa Benedicto XVI en 2005, sucediendo al pontífice polaco Juan Pablo II, representa un acontecimiento cargado de significado histórico y espiritual⁵⁴. Este relevo en el liderazgo de la Iglesia Católica no solo marcó una continuidad en la defensa de la fe y la razón frente al relativismo, sino que también simbolizó un gesto profundo de reconciliación entre dos naciones marcadas por un pasado doloroso.

La historia entre Alemania y Polonia está teñida por los horrores de la Segunda Guerra Mundial, donde el régimen nazi perpetró crímenes atroces en territorio polaco, incluyendo el genocidio de millones de judíos y la ocupación brutal del país. En este contexto, la elección de un Papa alemán después de un Papa polaco adquiere una dimensión de sanación y unidad.

Benedicto XVI, consciente de esta carga histórica, realizó su primer viaje apostólico a Polonia en mayo de 2006. Durante esta visita, culminó la reconciliación iniciada por Karol Wojtyła y los obispos polacos en 1965 con la carta titulada “Perdonamos y pedimos perdón”, destinada a cauterizar las heridas de una guerra que costó la vida a seis millones de polacos, de los cuales la mitad eran judíos. El Papa alemán manifestó su amor a Polonia recitando casi todas sus oraciones en polaco e iniciando en ese idioma todos sus discursos, que continuaba en italiano. Utilizó el alemán solo para la plegaria en Auschwitz⁵⁵.

En su discurso en Auschwitz-Birkenau, Benedicto XVI expresó: “Tomar la palabra en este lugar de horror, de acumulación de crímenes contra Dios y

⁵³ SAN AGUSTÍN, Ep. 120, III, 13, 4.

⁵⁴ Cf., NEW OUTLOOK, *La vida de Benedicto XVI...*, en *Diocese of Tucson Online News*.

⁵⁵ Cf. *Diario ABC*, *El Papa sella en Polonia la reconciliación con Alemania...*, 26 de mayo de 2006.

contra el hombre que no tiene parangón en la historia, es casi imposible; y es particularmente difícil y deprimente para un cristiano, para un Papa que proviene de Alemania”⁵⁶. Este reconocimiento de su nacionalidad y del peso histórico que conlleva, unido a su papel como líder espiritual, subraya la profundidad del gesto de reconciliación que su pontificado representó.

La elección de Benedicto XVI, un teólogo alemán profundamente arraigado en la tradición católica, después de Juan Pablo II, el Papa polaco que desafió al comunismo y promovió la unidad europea, puede interpretarse como una señal providencial. Este relevo no solo simboliza la superación de antiguas enemistades, sino también la continuidad en la misión de la Iglesia de ser un instrumento de paz y reconciliación en el mundo.

Así, la sucesión de un Papa alemán tras uno polaco no fue una coincidencia, sino un acto cargado de significado espiritual e histórico, que reflejó el compromiso de la Iglesia con la sanación de las heridas del pasado y la promoción de la unidad entre los pueblos.

V. FRANCISCO: EL PAPA DE LOS MÁRGENES EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN Y LA INDIFERENCIA

*“La verdadera sabiduría
exige encontrarse con la realidad.
Y la realidad es también pobreza,
sufrimiento, injusticia.”*
Papa Francisco, *Laudato Si’*

5.1. Breve biografía: el Papa del fin del mundo⁵⁷

La noche del 13 de marzo de 2013, el anuncio de *Habemus Papam* vino acompañado de una frase que sorprendió al mundo: “Han ido a buscar al Papa casi al fin del mundo”. Con estas palabras, el cardenal Jorge Mario Bergoglio se presentaba al pueblo de Dios como el primer pontífice latinoamericano, el primer jesuita en ser elegido Obispo de Roma, y el primer papa no europeo en más de mil años. Su elección fue, sin duda, un gesto inesperado, pero profundamente simbólico en el contexto de una Iglesia que busca salir a las periferias y dialogar con el mundo globalizado.

⁵⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso en el viaje apostólico a Auschwitz-Birkenau*, 28 de mayo de 2006.

⁵⁷ Apartado escrito a partir de la Biografía oficial en la Web del Vaticano, Vatican.va.

Jorge Mario Bergoglio nació en Buenos Aires, Argentina, el 17 de diciembre de 1936, en el seno de una familia de inmigrantes italianos. Su padre, Mario Bergoglio, era contador en los ferrocarriles, y su madre, Regina Sivori, ama de casa. Cursó estudios técnicos en química antes de ingresar al seminario de los jesuitas en 1958. La formación intelectual de Bergoglio se vio fuertemente influenciada por la espiritualidad ignaciana, que marcó su visión pastoral y su estilo de gobierno eclesial.

En su juventud, como él mismo narró en *El jesuita*, fue testigo de tensiones políticas y sociales muy agudas en Argentina, lo cual reforzó su sensibilidad hacia los más vulnerables y su desconfianza ante cualquier forma de ideología autoritaria. Fue ordenado sacerdote el 13 de diciembre de 1969 y desempeñó diversas funciones en la Compañía de Jesús, llegando a ser Provincial en un período particularmente convulso del país. Su paso por el gobierno jesuita en Argentina no estuvo exento de controversias, pero testimonios posteriores han subrayado su esfuerzo por proteger a otros en tiempos de persecución política.

Después de años de docencia, dirección espiritual y servicio pastoral, fue nombrado obispo auxiliar de Buenos Aires en 1992, arzobispo en 1998 y creado cardenal por Juan Pablo II en 2001. Durante su episcopado, se hizo conocido por su vida austera, sus visitas a las villas miseria, y su predicación centrada en la misericordia, la justicia y la necesidad de una Iglesia que salga de sí misma. Su perfil discreto y su cercanía al pueblo lo distanciaron de las élites tanto eclesásticas como políticas, tal como lo describen diversas crónicas de su tiempo como arzobispo de Buenos Aires.

Como analiza Massimo Borghesi en su estudio sobre su trayectoria intelectual, Bergoglio construyó su pensamiento en diálogo con figuras como Romano Guardini y Henri de Lubac, teólogos que abordaron los desafíos del mundo moderno desde la experiencia espiritual. Borghesi destaca que en Bergoglio hay una síntesis viva entre reflexión teológica y praxis pastoral, que explica la centralidad de categorías como discernimiento, pueblo, misericordia y periferia en su magisterio posterior.

Su elección como Papa en 2013 marcó un hito no solo por su origen geográfico, sino por el perfil que representaba: un pastor con olor a oveja, proveniente del sur global, y profundamente marcado por el sufrimiento de su pueblo. En una Iglesia que acababa de perder a Benedicto XVI por renuncia, hecho inédito en siglos, su llegada fue vista por muchos como un signo de los tiempos. Pero más allá de cualquier categoría política o regional, el Papa Francisco traía consigo una sensibilidad pastoral y una visión teológica elaborada en el cruce entre Evangelio, cultura popular y estructuras sociales desiguales.

Y así, desde el fin del mundo, comenzó un pontificado que buscaría volver a poner al Evangelio en el centro de la vida de la Iglesia, sobre todo en diálogo con los grandes desafíos del mundo contemporáneo.

5.2. *El mundo actual: desigualdades, crisis ecológica, hiperconsumismo, pérdida de vínculos humanos*

El inicio del siglo XXI ha estado marcado por transformaciones aceleradas que afectan a la estructura misma de las sociedades, las relaciones humanas y la habitabilidad del planeta. Los cambios tecnológicos, la expansión de los mercados, los movimientos migratorios, los conflictos regionales, las pandemias y la degradación ambiental se entrelazan para conformar un escenario global complejo. Este contexto presenta no sólo retos técnicos, sino también una profunda crisis de sentido, de vínculos y de equidad. Es en este mundo donde irrumpirá el pontificado de Francisco, no como un fenómeno aislado, sino como respuesta a una situación histórica determinada.

Una de las características más notorias de la era actual es el crecimiento de la desigualdad. A pesar de los avances científicos, tecnológicos y económicos, la distribución de los recursos sigue siendo marcadamente injusta. Según el *Informe sobre Desarrollo Humano 2019*, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, “las desigualdades han cambiado de forma: ya no se trata solamente de pobreza material, sino de brechas en el acceso al conocimiento, a la tecnología y a una vida saludable”. El informe insiste en que una nueva generación de desigualdades está surgiendo, estructural y profundamente incrustada en las economías contemporáneas, y que, si no se abordan, amenazarán el progreso social y la cohesión global en las próximas décadas.

Junto a esta fractura socioeconómica, se desarrolla una crisis ecológica de dimensiones sin precedentes. La degradación de los ecosistemas, el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la contaminación generalizada configuran lo que muchos especialistas consideran ya como una emergencia planetaria. El crecimiento económico global ha venido acompañado por una aceleración sin precedentes del deterioro ambiental, y las dinámicas del desarrollo siguen desconectadas de los límites ecológicos del planeta. La lógica productivista, basada en la extracción y el consumo ilimitado, ha generado un modelo de desarrollo incompatible con la sostenibilidad.

El hiperconsumo, por su parte, se ha consolidado como uno de los motores culturales y económicos del presente. La publicidad, el crédito fácil y la obsolescencia programada alimentan una cultura de acumulación y descarte,

el hiperconsumo occidental no es simplemente una expresión del deseo de bienestar, sino una manifestación patológica de la identidad contemporánea, donde el tener ha suplantado al ser. Este fenómeno no solo afecta al medio ambiente, sino que transforma la forma en que las personas se relacionan consigo mismas y con los demás.

La consecuencia de este modelo es la erosión progresiva de los vínculos humanos. El individualismo, la precarización del trabajo, la fragilidad de las estructuras familiares y la digitalización de las relaciones han generado un tipo de soledad estructural. La ruptura de los vínculos afectivos, especialmente en contextos urbanos, está produciendo una nueva forma de duelo social, caracterizada por la falta de pertenencia y la incapacidad de elaborar la pérdida. Esta pérdida de vínculos no se limita al ámbito privado: afecta también al tejido cívico, a la solidaridad social y a la confianza en las instituciones.

A ello se suma el fenómeno de la indiferencia global, expresión de una fatiga moral ante la multiplicación de tragedias mediáticas, migraciones forzadas, guerras prolongadas y desastres climáticos. Este tipo de anestesia emocional ha sido definido como compasión disociada, una reacción defensiva que lleva a la insensibilidad como forma de autoconservación en medio del bombardeo de sufrimiento ajeno. Tal como lo advierte el politólogo Zygmunt Bauman, “la modernidad líquida ha diluido no solo los vínculos, sino también las responsabilidades”⁵⁸.

5.3. *Francisco y la opción preferencial por los pobres*

Velar por los pobres, no es una cuestión de asistencia ni una propuesta ideológica, sino una exigencia espiritual que brota del corazón mismo del Evangelio. Esta opción preferencial, “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (Cf 2 Co 8, 9).

Francisco recupera el carácter central del anuncio de la Buena Nueva a los pobres como rasgo distintivo de la misión de Cristo: “El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado a anunciar el Evangelio a los pobres” (Lc 4,18). Para el Papa, esto implica que “la opción por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria”⁵⁹. No es suficiente ocuparse de sus necesidades materiales: el pobre tiene derecho al Evangelio y a ser sujeto activo de evangelización.

⁵⁸ Cf. BAUMAN, Z., *Modernidad Líquida*, 14 – 15.

⁵⁹ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 200.

La denuncia del sistema que excluye y descarta al débil no se limita a un juicio social: es una interpelación eclesial. Jesús, que se identificó con los más pequeños (Mt 25,40), nos invita a reconocerlo en ellos, a escucharlos, a valorarlos, a acompañarlos. La comunidad cristiana, por tanto, no puede ser indiferente.

En el Papa, la opción preferencial por los pobres se convierte en un llamado a reconocer la dignidad inalienable de cada persona y a construir una fraternidad abierta que no excluya a nadie. En el Evangelio, Jesús se identifica con los más necesitados incluso en la hora del juicio de Dios, porque “tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber” (Mt 25,35).

Las estructuras sociales, perpetúan la pobreza y la exclusión; para evitar tal perpetuidad, “la política no debe someterse a la economía, y esta, a su vez, no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Debe en cambio la política estar centrada en el bien común y en la promoción de los más vulnerables, la caridad política, pues, debe expresarse en la apertura a todos”⁶⁰.

Esta apertura solidaria, adquiere importancia cuando es entendida como “pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos”⁶¹. Esta solidaridad se inspira en la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37), que enseña a hacerse prójimo de quien sufre, sin importar su origen o condición.

Pero la injusticia social está profundamente conectada con la crisis ecológica, “el clamor de la Tierra y el clamor de los pobres, son uno solo”⁶², “Dios por medio del Verbo, creo todo cuanto existe” (Cf. Jn 1, 3), con armonía, pero el pecado humano ha roto esta relación, afectando tanto a los más vulnerables, dentro de los cuales está la misma creación que no puede defenderse de la atrocidad humana.

Los pobres son los más afectados por la degradación ambiental, ya que dependen directamente de los recursos naturales para su subsistencia. Ellos, tienen menos recursos para adaptarse a los efectos del cambio climático y esta preocupación resuena en el corazón del cristiano, obligado por el imperativo que lo obliga a defender al oprimido y al necesitado: “Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso” (Sal 82,3).

⁶⁰ FRANCISCO, *Fratelli Tutti*, 177.

⁶¹ *Ibid.*, 116.

⁶² Cf. FRANCISCO, *Laudato Si*, 49.

El Papa llama a una conversión ecológica que implique cambios en los estilos de vida y en las estructuras económicas y sociales. “La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco”⁶³. Esta sobriedad y cuidado del prójimo debe reflejar en el hombre, el mandato de Jesús de amar al prójimo como a uno mismo (cf. Mt 22,39).

La opción preferencial por los pobres no es una mera estrategia pastoral, sino una exigencia evangélica que interpela a toda la Iglesia. Esta opción se fundamenta en el ejemplo de Jesucristo, cuya vida entera se identificó con el rostro doliente de los olvidados “Soportando nuestros sufrimientos y cargando con nuestros dolores” (Cf. Is 53,4), revelando que la verdadera grandeza pasa por la entrega silenciosa y compasiva. Reconocer a Cristo en los marginados no es un gesto de sensibilidad, sino un acto de fidelidad evangélica. La Iglesia, entonces, no puede dejar de caminar allí donde están las llagas del mundo.

5.4. *¿Dónde está tu hermano?: el nuevo paradigma que propone Francisco*

La pregunta que Dios dirige a Caín tras el asesinato de su hermano Abel -“¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9)- resuena con fuerza en la conciencia humana. No es una simple interpelación, sino una denuncia de la indiferencia y una llamada a la responsabilidad ética hacia el prójimo. La respuesta evasiva de Caín, “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” (Gn 2,9), refleja una actitud que persiste en la sociedad contemporánea. Pero Dios no calla: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Gn 4,10), y con ello queda establecido que la vida del otro no me es ajena.

El Papa Francisco ha retomado esta escena bíblica como categoría fundamental de su pensamiento pastoral y social. En su histórica homilía en Lampedusa, en julio de 2013, preguntó con vehemencia: “¿Dónde está tu hermano? La voz de su sangre clama hasta mí, dice Dios. Esta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros.”⁶⁴ Aquel día, ante las tumbas de los migrantes anónimos, denunció la “globalización de la indiferencia” y el hábito de mirar hacia otro lado.

Años más tarde, en la homilía de Santa Marta del 18 de febrero de 2019, el Papa volvió a insistir: “El Señor me pregunta a mí: ¿Dónde está tu hermano? Pon el nombre de los hermanos que el Señor nombra en el capítulo 25 de Mateo: el enfermo, el hambriento, el sediento, el que no tiene ropa, aquel hermanito que no puede ir a la escuela, el drogadicto, el encarcelado... ¿dónde están?

⁶³ Ibid., 222.

⁶⁴ Homilía del Papa Francisco en Lampedusa, 8 de julio de 2013.

¿Está tu hermano en tu corazón?”⁶⁵ Francisco presenta así la fraternidad no como un ideal abstracto, sino como un criterio de juicio evangélico.

Esta misma línea se prolonga en *Fratelli Tutti*, donde el Papa afirma que “la pregunta de Dios al hombre, al inicio de la Biblia: ¿Dónde está tu hermano? (Gn 4,9), es una pregunta que también se nos dirige hoy y que implica reconocer la tentación constante de desentendernos de los demás.”⁶⁶ La verdadera conversión social y espiritual comienza cuando nos dejamos interpelar por esa voz que clama desde la tierra y nos impide quedarnos cómodamente en el anonimato colectivo.

La propuesta de Francisco es clara: no se puede construir un mundo justo sin poner la fraternidad en el centro. La pregunta “¿Dónde está tu hermano?” no es retórica, es una llamada a salir de uno mismo y hacerse cargo del otro. Es el inicio de un nuevo paradigma relacional, donde el otro no es una amenaza, sino una presencia que revela el rostro de Dios.

VI. TRES PAPAS, TRES DESAFÍOS, UNA MISIÓN. CONCLUSIONES

6.1. *Comparativa de los tres momentos históricos: totalitarismos, relativismo, globalización indiferente*

En el arco de cuatro décadas, la historia contemporánea ha sido testigo de tres crisis sucesivas que han puesto en jaque no solo los modelos políticos o culturales, sino la comprensión misma del ser humano y su dignidad: el totalitarismo del siglo XX, el relativismo posmoderno y la globalización indiferente del presente. Frente a cada una de estas amenazas, la Providencia ha suscitado pastores con sensibilidad, visión y profundidad teológica, capaces de leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio.

San Juan Pablo II se alzó como una voz profética frente a los regímenes totalitarios del Este europeo. Su resistencia espiritual al comunismo no fue una estrategia política, sino una afirmación radical de la libertad del hombre enraizada en su dignidad de criatura e hijo de Dios. El totalitarismo, para él, no era solo un sistema político opresor, sino una antropología falsa. Su lema no oficial, “*No tengáis miedo*”, se convirtió en un grito de libertad dirigido no solo a las víctimas del miedo político, sino también a la Iglesia, que debía anunciar a Cristo con valentía en un mundo cerrado al trascendente.

⁶⁵ Homilía del Papa Francisco en Santa Marta, 18 de febrero de 2019.

⁶⁶ FRANCISCO, *Fratelli Tutti*, n. 57.

Benedicto XVI identificó con lucidez una nueva amenaza: el relativismo. Tras el colapso de las ideologías, el pensamiento occidental no redescubrió la verdad, sino que se instaló en la sospecha, en la desconfianza hacia toda afirmación universal. El Papa alemán supo ver que el verdadero problema no era solo cultural, sino espiritual: “Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus caprichos”⁶⁷. Frente a este clima, defendió la razón como camino hacia la verdad, y la fe como su plenitud.

Francisco, heredero de esta doble tradición, ha enfocado su pontificado hacia un mundo que, sin abrazar una ideología concreta ni una verdad concreta, se ha vuelto insensible al sufrimiento del otro. En la cultura del descarte y en la indiferencia globalizada, ve no solo una crisis ética, sino un quiebre relacional. El rostro del otro, especialmente del pobre, del migrante, del descartado, ha sido desplazado por el interés, la velocidad, la rentabilidad. Por eso, su pregunta no es ¿qué hacer? sino ¿a quién estamos dejando fuera?: “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9). La respuesta cristiana, como ha subrayado en Fratelli Tutti, exige recuperar la categoría de fraternidad como núcleo del orden social y del compromiso evangélico.

Así, en tres momentos distintos, la Iglesia ha respondido, a través de tres papas distintos, a tres desafíos decisivos. No con una solución técnica, sino con un horizonte de sentido: la dignidad humana fundada en Dios, la razón abierta a la verdad, y la fraternidad como camino.

6.2. *¿Se trata de coincidencia o providencia?*

Ante el curso imprevisible de la historia, la tentación de interpretarlo todo como un juego del azar o una simple acumulación de hechos puede imponerse fácilmente. Sin embargo, la mirada de fe no se contenta con explicaciones funcionales. Sabe que, en medio del flujo de los acontecimientos, Dios actúa discretamente, con paciencia y fidelidad, y que nada escapa a su designio de salvación. Esta es la clave desde la cual podemos preguntarnos si la sucesión de estos tres pontificados es fruto de la casualidad, o si más bien nos encontramos ante una manifestación clara de la Providencia.

En medio del siglo XX, marcado por el miedo y la represión de los totalitarismos, surge un Papa que habla con autoridad moral a los poderosos y devuelve esperanza a los oprimidos. Cuando el mundo comienza a dudar de la verdad y a disolver los vínculos con la trascendencia, es elegido un pensador

⁶⁷ RATZINGER, J., *Homilía en la Misa Pro Eligendo Romano Pontifice*, 18 de abril de 2005.

que recuerda que la razón, iluminada por la fe, no es enemiga sino servidora de la verdad. Y cuando, tras décadas de progreso técnico y globalización, el mundo se vuelve funcional, excluyente e indiferente, es llamado a Roma un pastor venido “del fin del mundo”, cuya vida y magisterio están marcados por la cercanía, la compasión y el rostro concreto de los descartados.

¿Podríamos pensar que esta secuencia es fortuita? ¿Que el Espíritu no ha guiado, en medio de la tormenta, la elección de hombres capaces de hablar al corazón de sus épocas? La fe nos permite intuir en estas elecciones una lógica no humana, sino divina, en la que el Evangelio se adapta sin perder su fuerza, se encarna sin diluirse, y responde a las preguntas de cada tiempo con palabras de verdad, libertad y esperanza.

Providencia no significa control mecánico ni predestinación rígida, sino confianza en que el Padre no abandona al mundo, y mucho menos a su Iglesia. La elección de Karol Wojtyła, de Joseph Ratzinger y de Jorge Mario Bergoglio, cada uno con su historia, su sensibilidad y su enfoque, se revela así como una pedagogía de Dios: una pedagogía de la fidelidad a través de la diversidad, una continuidad que no se apoya en la repetición, sino en la misión común que han recibido como sucesores de Pedro.

6.3. Un solo Evangelio, distintos modos de enfrentar los signos de los tiempos

La historia de la Iglesia no se construye sobre la uniformidad, sino sobre una unidad más profunda: aquella que nace del Espíritu y se sostiene en la fidelidad al Evangelio. Cuando se contempla la figura de los últimos tres papas, se advierte que la riqueza de sus diferencias, de pensamiento, de tono, de sensibilidad, no rompe la continuidad, sino que la hace más fecunda. Cada uno, desde su experiencia y su tiempo, ha respondido con autenticidad al llamado común de anunciar a Jesucristo al mundo.

Juan Pablo II habló con el vigor de un testigo que había sufrido en carne propia la violencia ideológica, y que creía, con toda su alma, en la fuerza redentora de la verdad y de la libertad. Benedicto XVI elevó la voz serena de la inteligencia creyente, que no teme dialogar con la cultura, pero que recuerda que sin verdad no hay libertad ni dignidad auténtica. Francisco, desde las periferias del mundo, ha puesto el acento en el rostro humano del Evangelio, allí donde duele la vida, donde el otro espera ser visto, escuchado y amado.

Son distintos sus lenguajes, distintos sus modos de aproximarse al misterio del hombre y de Dios. Pero el Evangelio que proclaman es uno solo: Jesucristo,

muerto y resucitado, presente en la historia y en los pobres, en la razón inquieta y en el corazón compasivo. Si se comprende esto, entonces se entiende que la Iglesia no ha cambiado de dirección, sino que ha perseverado en su vocación profética: leer los signos de los tiempos con los ojos del Evangelio y responder a ellos no con nostalgia ni con miedo, sino con valentía y fidelidad.

Lo que une a estos tres pontificados no es una fórmula, ni una estrategia, sino la conciencia de que la salvación no es una idea, sino una Persona; y que esa Persona, Jesucristo, sigue saliendo al encuentro de la humanidad a través de hombres concretos, pastores frágiles y valientes, que lo anuncian en cada generación con palabras nuevas y con la misma verdad.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ABC, *El Papa sella en Polonia la reconciliación con Alemania emprendida por Juan Pablo II*:
https://www.abc.es/sociedad/abci-papa-sella-polonia-reconciliacion-alemania-emprendida-juan-pablo-200605260300-1421731934281_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Fsociedad%2Fabci-papa-sella-polonia-reconciliacion-alemania-emprendida-juan-pablo-200605260300-1421731934281_noticia.html, 2006.
- ALBERRO, L.; BAULÍES, E.; SAJOSA, E.; SILDERZ, A., Y VÁZQUEZ, M. V., *Polonia: Crónica de una democracia anunciada*, Buenos Aires.
- BALLADARES CASTILLO, C., “Joseph Ratzinger y la Segunda Guerra Mundial, El último Papa que vivió el mayor conflicto de la humanidad”, en *Revista MEER digital*, 20 de abril de 2023, <https://www.meer.com/es/73104-joseph-ratzinger-y-la-segunda-guerra-mundial>.
- BAUMAN, Z., *Modernidad Líquida*, Traducido por Mirta Rosenberg, Argentina 2004.
- BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in Veritate*, Ciudad del Vaticano 2009.
- BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Deus Caritas Est*, Ciudad del Vaticano 2005.
- BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi*, Ciudad del Vaticano 2007.

- BENEDICTO XVI, *Discurso durante el encuentro con los jóvenes profesores universitarios, Real Monasterio de El Escorial, 18 – 21 de agosto de 2011*, Madrid 2011.
- BENEDICTO XVI, *Discurso en el viaje apostólico a Auschwitz-Birkenau*, 28 de mayo de 2006, Auschwitz 2006.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, con las correcciones autorizadas por la Santa Sede, según la edición típica de 1997, Bogotá-Colombia 2000.
- CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 9ª. Impresión, 2006, Bogotá-Colombia, Ciudad del Vaticano 1965.
- CHILLÓN, J. M., *El Nihilismo de la Secularización Posmoderna*, Valladolid 2021.
- ESQUIVEL ESTRADA, N. H., “Del Relativismo Moral al Universalismo Ético y sus Paradojas”, en *La Lámpara de Diógenes*, enero-junio, julio-diciembre, año/vol. 5, número 008 y 009. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla-México 2004.
- FERNÁNDEZ LABASTIDA, F. y MERCADO, J. A., *El nihilismo contemporáneo ¿el lado oscuro de la Postmodernidad?*, Ciudad de México 2007.
- FLECHA ANDRÉS, J. R., *El Relativismo en la sociedad actual*, en Instituto Social León XIII - Centro para la Investigación y Difusión de la Doctrina Social de la Iglesia. *LOS NUEVOS ESCENARIOS DE LA LIBERTAD RELIGIOSA*. En el 40 Aniversario de la Declaración Conciliar Dignitatis Humanae. Bloque II: *LIBERTAD RELIGIOSA Y SOCIEDAD*, León 2006.
- FRANCISCO, *Carta encíclica Fratelli Tutti*, Ciudad del Vaticano 2020.
- FRANCISCO, *Carta encíclica Laudato*, Ciudad del Vaticano 2015.
- FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, Ciudad del Vaticano 2013.
- FRANCISCO, *Homilía en la casa Santa Marta*, 18 de febrero de 2019, Ciudad del Vaticano 2019.
- FRANCISCO, *Homilía en Lampedusa*, 8 de julio de 2013.

- HOBBSAWN, E., *Historia del siglo XX*, Traducido por Grijalbo Mondadori, S.A., Buenos Aires 1998.
- INSTAGRAM, <https://www.instagram.com/p/DI3ub4UNxg8/>, Este enlace, contiene el Reel original, a partir del cual me ha surgido la idea de extender el trabajo realizado por esta persona.
- JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, Ciudad del Vaticano 1991.
- JUAN PABLO II, *Homilía del 02 de junio de 1979 en la Plaza de Varsovia*, Varsovia 1979.
- JUAN PABLO II, *Homilía del 13 de abril de 1980 en el atrio de la Catedral de Turín*, Turín 1980.
- JUAN PABLO II, *Homilía del inicio de su Pontificado*, Ciudad del Vaticano 1978.
- JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, Ciudad del Vaticano 2001.
- JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, Ciudad del Vaticano 1979.
- JUAN XXIII, *Pacem in Terris*, Ciudad del Vaticano 1963.
- LA SANTA SEDE, *Pontífice*, Biografía oficial de los papas en la Web del Vaticano, <https://www.vatican.va/content/vatican/es/holy-father.html>.
- LATAPÍ ESCALANTE, M., *El Sindicato Solidaridad como agente de cambio en Polonia: 1980-80*, México D.F., 2001.
- MAZOWER, M., *El imperio de Hitler. Ascenso y caída del Nuevo Orden Europeo*, Barcelona 2008.
- NEW OUTLOOK, “La vida de Benedicto XVI: Biografía del Papa Emérito”, en *Diocese of Tucson Online News*, <https://news.diocesetucson.org/news/la-vida-de-benedicto-xvi-biografia-del-papa-emerito>, 2023.
- ORRELLA MARTÍNEZ, J. L., “¿Quién fue Karol Józef Wojtyła?”, en *Cuadernos de Pensamiento*, N° 33. Número monográfico sobre Karol Wojtyła/san Juan Pablo II en el centenario de su nacimiento. Volumen 2, Madrid 2020.
- PIO XI, *Divini Redemptoris*, Ciudad del Vaticano 1937.

- PIO XI, *Mit Brennender Sorge*, Ciudad del Vaticano 1937.
- PONTIFICIO CONSEJO DE JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, en: *BAC Maior*, Madrid 2019.
- RATZINGER, J., *Homilía en la Misa Pro Eligendo Romano Pontifice*, lunes 18 de abril de 2005, Ciudad del Vaticano 2005.
- RATZINGER, J., *Introducción al Cristianismo*, 19ª edición, Salamanca 2023.
- SAN AGUSTÍN, *Carta 120*. BAC, *Obras Completas de San Agustín VIII, Cartas 1º (1-123)*, Madrid 1986.
- SPENSER, D., *La caída del muro de Berlín y el proceso de democratización en Checoslovaquia* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ciudad de México 2021.
- THIES, J., “Alemania, ¿y ahora qué?”, en *Política Exterior* nº 14, “Y el Muro Cayó”, Madrid 2014.

